

LA SANGRE DE LOS ELFOS

Andrzej Sapkowski

En verdad os digo que se acerca el tiempo de la espada y el hacha, la época de la tormenta salvaje. Se acerca el Tiempo del Invierno Blanco y de la Luz Blanca. El Tiempo de la Locura y el Tiempo del Odio, Tedd Deireádh, el Tiempo del Fin. El mundo morirá entre la escarcha y resucitará de nuevo junto con el nuevo sol. Resucitará de entre la Antigua Sangre, de Hen Ichaer, de la semilla sembrada. De la semilla que no germina sino que estalla en llamas.

¡Ess `tuath esse! ¡Así será! ¡Contemplad las señales! Qué señales sean, yo os diré: primero se derramará sobre la tierra la sangre de los Aen Seidhe, la Sangre de los Elfos...

Aen Ithlinnespeath, profecía de Ithlinne Aegli aep Aevenien

Capítulo primero

La ciudad estaba ardiendo.

Las estrechas callejuelas que conducían hasta el foso, hacia la primera terraza, vomitaban humo y brasas, las llamas devoraban los bálagos de los tejados apelonados de los edificios, lamían los muros del castillo. Desde occidente, desde el lado de la puerta de los muelles, llegaba un estruendo, el sonido de una lucha encarnizada, los secos golpes del ariete que hacían temblar las murallas.

Los atacantes les rodearon inesperadamente, rompiendo la barricada que defendían unos pocos soldados, burgueses con alabardas y algunos migueletes de los gremios. Los caballos cubiertos con negras mantas volaron por encima de la barrera como espectros, unas hojas claras y brillantes sembraron la muerte entre los defensores que huían.

Ciri sintió cómo el jinete que la llevaba en el arzón sujetaba violentamente el caballo. Escuchó su grito. Agárrate, gritaba. ¡Agárrate!

Otros jinetes con los colores de Cintra les adelantaron, volaron a cortar a los nilfgaardianos. Ciri lo vio con el rabillo del ojo, durante un instante: un loco torbellino de capas negras y blanquiamarillas entre el gemido del acero, el golpeteo de las espadas sobre los escudos, el relincho de los caballos...

Un grito. No, no un grito. Un aullido.

¡Agárrate!

Miedo. Cada sacudida, cada tirón, cada paso del caballo desgarrá dolorosamente las manos aferradas a las bridas. Las piernas, crispadas en una posición incómoda, no encuentran apoyo, los ojos lloran del humo. Los brazos que la envuelven ahogan, sofocan, aplastan dolorosamente las costillas. A su alrededor se alzan los gritos, tales como jamás había oído. ¿Qué se le puede hacer a un ser humano para que grite así?

Miedo. Un miedo que deja sin fuerza, que paraliza, que ahoga.

De nuevo el chirrido del hierro, el relincho de los caballos. Las casas a su alrededor bailan, unas ventanas que vomitan fuego aparecen de pronto allí donde un momento antes sólo había una calleja embarrada, cubierta de cadáveres, llena de los haberes que habían desechado los fugitivos. El jinete a sus espaldas estalla de pronto en una extraña y ronca tos. Sobre la mano aferrada a las riendas borbotea la sangre. Un aullido. El silbido de una flecha.

Una caída, un choque, un doloroso golpe con la armadura. Junto al estrépito de los cascos pasa fugazmente sobre la cabeza el vientre de un caballo y una sobrecincha deshilachada, un segundo vientre de caballo, unas bardas destrozadas. Unos crujidos, como los que produce la madera de un árbol al romperse. Pero no es un árbol, se trata de hierro contra hierro. Un grito, sofocado y sordo, aquí junto a ella algo enorme y negro se desploma sobre el barro con un chapoteo, salpicando sangre. Un pie acorazado tiembla, se agita, huella la tierra con unas enormes espuelas.

Un tirón. Alguna fuerza la empuja hacia arriba, la arrastra sobre el arzón. ¡Agárrate! De nuevo una carrera agitada, un galope de locura. Las manos y los pies buscan apoyo desesperadamente. El caballo se pone de patas. ¡Agárrate! ... No hay apoyo. No hay... No hay... Sólo hay sangre. Cae el caballo. No es posible saltar, no es posible liberarse, escapar de la tenaza de los brazos cubiertos por la loriga. No es posible escapar de la sangre que se vierte sobre la cabeza, sobre la nuca.

Un choque, el chasquido del barro, un violento golpe contra la tierra, que parece extraordinariamente inmóvil tras la cabalgada salvaje. El penetrante y ronco relincho del caballo que intenta alzar las ancas. El trueno de las herraduras, las cuartillas y pezuñas de caballos que les sobrepasaban. Negras capas y negras bardas. Un grito.

En la calleja hay fuego, una crepitante muralla roja de fuego. Contra ella, un jinete, enorme, parece alcanzar con su cabeza hasta por encima de los tejados ardientes. Cubierto con unas bardas negras, el caballo baila, agita la testa, rebufa.

El jinete la mira. Ciri ve el brillo de sus ojos a través de la rendija de su gran yelmo,

adornado con las alas de un ave de presa. Ve el reflejo del fuego sobre la ancha hoja de la espada que sujeta con la mano bajada.

El jinete mira. Ciri no puede moverse. Se lo impiden las manos inertes del muerto, que la aferran por el cinturón. La inmoviliza algo pesado y húmedo de sangre, algo que está tendido sobre su muslo y la clava a la tierra.

Y la inmoviliza el miedo. Un monstruoso miedo que le retuerce las entrañas, que provoca que Ciri deje de escuchar los gruñidos del caballo herido, el bramido de las llamas, los gritos de las víctimas y el golpeteo de los tambores. Lo único que existe, que cuenta, que tiene significado, es el miedo. El miedo, que ha adoptado la forma de un caballero negro con un yelmo adornado de plumas, parado ante el fondo de la roja pared de un incendio desatado.

El jinete espolea al caballo, se agitan las alas del ave de presa en su yelmo, el pájaro se prepara para el vuelo. Para el ataque a una víctima desarmada, paralizada del miedo. El pájaro -o puede que el caballero- grita, chilla, horrible, terrible, triunfal. El caballo negro, la armadura negra, la capa negra ondeando, y detrás de todo esto el fuego, un mar de fuego.

El miedo.

El pájaro chilla. Las alas se agitan, las plumas le golpean la cara. ¡El miedo!

Ayuda. Por qué nadie me ayuda. Estoy sola, soy una niña, no tengo defensa, no me puedo mover, no puedo siquiera alzar la voz desde mi garganta aterrada. ¿Por qué nadie acude a ayudarme?

¡Tengo miedo!

Los ojos ardientes en las rendijas del gran yelmo alado. La capa negra oculta todo...

-¡Ciri!

Se despertó bañada en sudor, entumecida, y su propio grito, el grito que la había despertado, aún temblaba, vibraba allá en su interior, dentro del pecho, le ardía en su seca garganta. Dolían las manos aferradas a la manta, dolían las espaldas...

-Ciri. Cálmate.

A su alrededor, la noche, oscura y ventosa, bramando monótona y melodiosamente sobre las copas de los pinos, chirriando en los troncos. Ya no había incendio ni gritos, no quedaba más que aquella susurrante canción de cuna. A su lado se retorció la luz y el calor del fuego del vivac, las llamas brillaban en las hebillas de la impedimenta, lanzaban destellos rojizos sobre la empuñadura y la guarnición de la espada apoyada en la silla de montar. No había otro fuego ni otra espada. La mano que tocaba sus mejillas olía a cuero y cenizas. No a sangre.

-Geralt...

-Sólo era un sueño. Un mal sueño.

Ciri temblaba con fuerza, retorciendo los brazos y los pies.

Un sueño. Sólo un sueño.

El fuego había empezado ya a extinguirse, los leños de abedules son rojos y diáfanos, se resquebrajan, saltan con un fuego celeste. El fuego ilumina los cabellos blancos y el agudo perfil del hombre que la cubre con la manta y la zamarra.

-Geralt, yo...

-Estoy a tu lado. Duerme, Ciri. Tienes que descansar. Tenemos un largo camino por delante todavía.

Escucho una música, pensó de pronto. Entre estos susurros... hay una música. Música de laúd. Y voces. Princesa de Cintra... Hija del destino... Niña de la Vieja Sangre, la sangre de los elfos. Geralt de Rivia, el Brujo Blanco y su destino. No, esto es una leyenda. La invención de un poeta. Ella está muerta. La mataron en las calles de una ciudad, mientras huía...

Agárrate... agárrate...

-¿Geralt?

-¿Qué, Ciri?

-¿Qué me hizo? ¿Qué sucedió entonces? ¿Qué... me hizo?

-¿Quién?

-El jinete... El jinete negro de las plumas en el casco... No recuerdo nada. Él gritó... y me miró. No recuerdo qué sucedió. Sólo que tenía miedo... Tenía tanto miedo...

El hombre se agachó, el resplandor del fuego brilló en sus ojos. Eran unos ojos extraños. Muy extraños. La Ciri de antes se sentía atemorizada ante estos ojos, no le gustaba mirarlos. Pero esto era antes. Mucho antes.

-No recuerdo nada –murmuró, mientras buscaba la mano de él, una mano dura y áspera como una madera sin pulir-. Aquel jinete negro...

-Sólo fue un sueño. Duerme tranquila. Ya no volverá.

Ciri había oído antes esta afirmación. Le había sido repetida muchas, muchas veces, le habían tranquilizado con ella cuando se despertaba en mitad de la noche gritando. Pero ahora era distinto. Ahora lo creía. Porque ahora lo decía Geralt de Rivia, el Lobo Blanco. Un brujo. Aquél que era su destino. Aquél a quien ella estaba destinada. El brujo Geralt, que la había encontrado entre la guerra, la muerte y el desespero, se la había llevado consigo y prometido que ya nunca más se separarían.

Se durmió sin soltar la mano de él.

El bardo terminó de cantar. Inclinando lentamente la cabeza, repitió en el laúd el motivo principal del romance, con delicadeza, bajito, en un tono más alto que el aprendiz que le acompañaba.

Nadie dijo nada. Excepto la música cada vez más tenue sólo se escuchaba el rumor de las hojas y el crujido de las ramas del gigantesco roble. Y luego, de pronto, surcó el espacio el prolongado berrido de una cabra que estaba atada con una soga a alguno de los carros que rodeaban el árbol prehistórico. En aquel momento, como a una señal, se alzó uno de los que escuchaban reunidos en un amplio semicírculo. Echando sobre los hombros una capa azul cobalto bordada con cordoncillos dorados, se inclinó rígido y con distinción.

-Te doy las gracias, maese Jaskier -dijo con sonoridad aunque en voz no muy alta-. Dejad que sea yo, Radcliffe de Oxenfurt, Maestro de los Arcanos Mágicos, quien probablemente en nombre de todos los aquí presentes, pronuncie palabras de agradecimiento y reconocimiento de tu gran arte y tu talento.

El hechicero pasó la mirada por los reunidos, que eran más de un centenar, arrellanados a los pies del roble en un cerrado semicírculo, de pie, sentados en los carros. Los oyentes afirmaron con las cabezas, susurraron. Unas cuantas personas comenzaron a aplaudir, otras saludaron al cantante con las manos en alto. Las mozas emocionadas sorbieron las narices y se limpiaron los ojos con lo que podían, dependiendo de su estado, profesión y posesiones: las villanas con las mangas o con el reverso de la mano, las mujeres de los mercaderes con pañuelos de lino, las elfas y las nobles con batista e incluso las tres hijas del comes Viliberto, el cual, junto con todo su séquito, había interrumpido la práctica de la cetrería para escuchar al famoso trovador, moqueaban con donosura y desgarradoramente en elegantes chales de algodón de color verde pardusco.

-No será exagerado -continuó el hechicero- decir que nos has emocionado hasta lo más profundo, maese Jaskier, que nos has impulsado a la reflexión y a la meditación, has conmovido nuestros corazones. Que me sea dado proclamar nuestro agradecimiento y respeto.

El trovador se levantó y se inclinó, rozando con la rodilla la pluma de garza que estaba cosida al sombrero de fantasía. El aprendiz dejó de tocar, sonrió y también se inclinó, pero el maese Jaskier le lanzó una mirada amenazadora y gruñó algo a media voz. El muchacho bajó la cabeza y volvió a su callado rasguear de las cuerdas del laúd.

Los reunidos se animaron. Los mercaderes de la caravana, murmurando entre ellos, colocaron delante del roble un barril de cerveza de tamaño considerable. El hechicero Radcliffe se sumió en una conversación en voz baja con el comes Viliberto. Las hijas del comes dejaron de sorberse la nariz y contemplaron con adoración a Jaskier. El bardo no se dio

cuenta, absorbido como estaba en lanzar sonrisitas, guiños y brillos de sus dientes en dirección a un grupo de elfos nómadas, que mantenían un arrogante silencio, y, en especial, Jaskier se dirigía a una de las elfas, una belleza de cabello oscuro y ojos enormes que portaba una pequeña toca de armiño. Jaskier tenía competidores: a la poseedora de grandes ojos y hermosa toca le alcanzaban también miradas del público, caballeros, estudiantes y vagabundos. La elfa, a todas luces contenta del interés demostrado, tiraba de las mangas de encaje de su blusa y agitaba las pestañas, pero los elfos que la acompañaban la rodeaban por todos lados sin esconder su disgusto ante los pretendientes.

El claro bajo el roble Bleobheris, lugar de frecuentes procesiones, estacionamiento de viajeros y encuentro de peregrinos, era famoso por su tolerancia y liberalidad. Los druidas, que hacía siglos que se ocupaban del árbol, llamaban al claro “Lugar de la Amistad” y albergaban gustosos a cualquiera. Pero incluso en ocasiones especiales tales como la recién terminada actuación del trovador famoso en el mundo todo, los viajeros se mantenían en sus propios grupos, claramente aislados unos de otros. Los elfos se arrimaban a los elfos. Los enanos artesanos se agrupaban junto con sus hermanos armados hasta los dientes que habían sido contratados como guardia de las caravanas de mercaderes y toleraban junto a sí como mucho a los gnomos mineros y a los medianos granjeros. Todos los no humanos mantenían reserva ante los humanos. Los seres humanos les respondían a los no humanos con la misma moneda, pero entre ellos no se observaba tampoco la más mínima integración. La nobleza miraba con desprecio a los mercaderes y a los buhoneros, y los mercenarios y soldados se alejaban de los pastores y sus apestosas zamarras. Unos cuantos hechiceros y sus adeptos se aislaban completamente y todos a su alrededor les obsequiaban con justa arrogancia. El fondo de la imagen estaba ocupado por la muchedumbre apiñada, oscura, sombría y silenciosa de los campesinos. Éstos, que recordaban a un ejército por el bosque de rastrillos, horquetas y mayales que les sobresalían por las espaldas, ignoraban todo y a todos.

La excepción, como siempre, la constituían los niños. Liberada de la orden de guardar silencio durante la actuación del bardo, la muchachería se lanzó hacia el bosque con un salvaje aullido, a fin de dedicarse con entusiasmo a juegos cuyas reglas no eran comprensibles para aquél que se hubiera despedido ya de los años felices de la infancia. Los pequeños humanos, elfos, enanos, medianos, gnomos, medioelfos, cuarterones de elfo y arrapiezos de oscura proveniencia no conocían y no aceptaban divisiones raciales ni sociales. De momento.

-¡Cierto es! -gritó uno de los caballeros presentes en el claro, jayán delgado como un perantón, vestido con un jubón rojinegro adornado con tres leones rampantes-. ¡Bien ha hablado el señor hechicero! Hermosos fueron los romances, por mi honor, noble Jaskier, si

alguna vez os encontráis en las cercanías de Cuernocalvo, castellanía de mi señor, entrad, no lo dudéis ni un momento. Os hospedaremos como a un príncipe, qué digo yo, ¡como al propio rey Vizimir! Lo juro por mi espada, muchos he oído ya minstreles, pero ni punto de comparación, maestro. ¡Aceptad de nosotros, los de buena cuna y los armados caballeros, toda admiración y homenaje para vuestro arte!

Al percibir sin error alguno el momento adecuado, el trovador murmuró algo en dirección a su aprendiz. El muchacho dejó el laúd y tomó del suelo una arquilla que servía para recolectar entre los oyentes muestras de respeto algo más materiales. Titubeó, pasó la mirada por la multitud, después de lo cual dejó la arquilla y tomó la tinaja que estaba al lado. El maese Jaskier con una sonrisa benévola aprobó la sagacidad del jovenzuelo.

-Maestro -dijo una gallarda dueña que estaba sentada en un carro cargado de mercaderías de mimbre y que tenía el rótulo “Vera Loewenhaupt e hijos”. A los hijos no se les veía por ningún lado, seguramente estaban ocupados en despilfarrar la fortuna amasada por la madre-. Maese Jaskier, ¿qué es esto? ¿Nos dejáis con la incógnita? Seguro que éste no es el final de vuestro romance. ¡Cantad lo que pasó después!

-Canciones y romances -se inclinó el artista- no se terminan nunca, oh señora, porque la poesía es eterna e inmortal, no conoce principio ni final...

-Pero, ¿qué pasó después? -La mercadera no se dejaba vencer, iba arrojando sonoramente y con liberalidad monedas a la tinaja que le mostraba el aprendiz-. Decídnoslo al menos si ganas no tenéis de cantar. No hubo en vuestras canciones nombre alguno, pero todos sabemos que el tal brujo por vosotros cantado no es otro que el famoso Geralt de Rivia, y la citada hechicera por la que le devora el fuego del amor es la no menos famosa Yennefer. En cambio el tal Niño de la Sorpresa, prometido y destinado al brujo, no es sino la princesa Cirilla, la infeliz princesa de Cintra, el país devastado por los invasores. ¿No es acaso cierto?

Jaskier se rió con gesto misterioso y altanero.

-Canto acerca de asuntos universales, generosa bienhechora -afirmó-. Acerca de emociones de las que puede participar cualquiera. No de personas concretas.

-¡Desde luego! -gritó alguien desde la multitud-. ¡Todos saben que los cantes trataban del brujo Geralt!

-¡Sí, sí! -chillaron a coro las hijas del comes Viliberto, retorciendo los chales húmedos de lágrimas-. ¡Cantad más, maese Jaskier! ¿Qué pasó después? ¿Se encontraron por fin el brujo y la hechicera? ¿Se amaron? ¿Fueron felices? ¡Queremos saberlo! ¡Maestro, maestro!

-¡Pero ande vais! -gritó con voz grave el cabecilla de un grupo de enanos, mientras se mesaba una fuerte y roja barba que le alcanzaba hasta la cintura-. Mierda es todo eso de las

princesas, hechiceras, destinos, amores y otros cuentecillos de testas vacías. Todo esto son, con perdón del señor poeta, embustes, o sea, inventos poéticos para que sean bonitos y emocionen. Pero las cosas de la guerra, como la matanza y el pillaje de Cintra, como la batalla de Marnadal y Sodden, ¡eso sí que es algo bueno que nos cantasteis, Jaskier! ¡Ja, no da pena soltar plata por tales canciones que alegran los corazones de los guerreros! Y verse podía, que no mentíais ni una jota, os lo digo yo, Sheldon Skaggs, y yo bien que sé discernir verdad de la mentira, pues allá en la batalla de Sodden estuve, y de pie con el hacha en el puño me enfrenté contra los invasores nilfgaardianos...

-Yo, Donimir de Troy –gritó un flaco caballero con tres leones en el jubón-, estuve en ambas batallas de Sodden, ¡pero no os vi allá, señor enano!

-¡Vos con seguridad que haríais guardia en el campamento! –se encendió Sheldon Skaggs-. ¡Y yo estaba en primera línea, allí donde había jaleo!

-¡Cuida lo que dices, barbas! –se enrojeció Donimir de Troy, aferrando el talabarte de caballero cargado con el peso de la espada-. ¡Y a quién!

-¡Ten tú cuidado! –El enano pasó la mano por el hacha sujeta al cinturón, se volvió hacia sus compañeros y mostró los dientes-. ¿Lo habéis visto? ¡Un puto caballero! ¡Con pabellón! ¡Tres leones en el escudo, dos se cagan y el otro es mudo!

-¡Paz, paz! –Un druida de cabellos grises y blanco manto conjuró la disputa con una voz fuerte y dominante-. ¡No se debe reñir, señores míos! ¡No aquí, junto a las ramas de Bleobheris, un roble más antiguo que todas las pendencias y litigios de este mundo! Y no en presencia del poeta Jaskier, cuyos romances debieran enseñarnos amor y no disputa.

-¡Cierto! –le apoyó otro druida, un obeso y bajito sacerdote con el rostro brillante de sudor-. Miráis, y no tenéis ojos, escucháis, y vuestros oídos están sordos. Porque no hay en vosotros amor de dios, sois como barriles vacíos...

-¡Pos ya que hablamos de barriles –chilló un gnomo de largas narices que tenía un carro adornado con el rótulo “Artículos de hierro, fabricación y venta”-, sacaos uno más, señores gremiales! ¡Al poeta Jaskier se le secó el colete y a nosotros de la impresión tampoco nos vendría mal!

-¡Ciertamente, como barriles vacíos, os digo! –El sacerdote ahogó las palabras del gnomo, con intención de no dejarse confundir y no interrumpir el sermón-. Nada de nada habéis comprendido de los romances de don Jaskier, nada habéis de él aprendido. No habéis entendido que del destino humano hablaban estos romances, de cómo en las manos de los dioses sólo son los hombres juguetes y de que los países nuestros juegos de los dioses son. Los romances hablaban del destino, del destino de nosotros todos y la leyenda del brujo

Geralt y de la princesa Cirilla, aunque puesta en el contexto verdadero de aquella guerra, sólo metáfora es, producto de la imaginación del poeta, que a éste había de servir para que nosotros...

-¡Chocheas, santo varón! –habló desde la altura de su carro Vera Loewenhaupt-. ¿Qué leyenda? ¿Qué producto de la imaginación? Sea quien sea, a Geralt de Rivia yo lo conozco, con mis propios ojos lo vi, en Wyzima, cuando desencantó a la hija del rey Foltest. Y luego aún lo encontré en la Vía de los Mercaderes, donde a petición del Gremio mató a un cruel grifo que atacaba a las caravanas, hecho que salvó las vidas a no pocas personas honradas. No, leyenda no es, ni tampoco cuento de hadas. La verdad, la sincera verdad es lo que nos ha cantado aquí maese Jaskier.

-Confirmolo –dijo una esbelta guerrera de negros cabellos peinados hacia atrás y unidos en una gran trenza-. Yo, Rayla de Liria, también conozco a Geralt el Lobo Blanco, famoso cazador de monstruos. También más de una y más de dos veces vi a la hechicera Yennefer, pues solía yo pasar por la ciudad de Vengerberg, en Aedirn, donde aquélla tiene su morada. De que ambos dos se amaran no tengo sin embargo noticia.

-Pero ha de ser verdad –habló de pronto con una voz melodiosa la hermosa elfa de la toca de armiño-. Tan hermoso romance de amor no puede ser falso.

-¡No puede! –apoyaron a la elfa las hijas del comes Viliberto y como a una orden se limpiaron los ojos con sus chales-. ¡De ningún modo puede serlo!

-¡Poderoso hechicero! –Vera Loewenhaupt se volvió hacia Radcliffe-. ¿Se amaron o no? Vos seguramente sabéis qué pasó de verdad, con el brujo y la tal Yennefer. ¡Descorred el velo del secreto!

-Si la canción dice que se amaron –sonrió el hechicero-, pues así fue y un amor así perdura siglos. Tal es el poder de la poesía.

-Corre el rumor –cortó de pronto el comes Viliberto- de que Yennefer de Vengerberg cayó en el Monte de Sodden. Allí murieron unos cuantos hechiceros...

-No es cierto –dijo Donimir de Troy-. No está su nombre en el monumento. Mi tierra es ésta, más de una vez estuve en el Monte y leí los letreros grabados en el monumento. Tres hechiceras cayeron allá. Triss Merigold, Lytta Neyd, a la que llamaban Coral... Humm... El nombre de la tercera se me ha borrado de la memoria...

El caballero miró al hechicero Radcliffe, pero éste tan sólo sonrió, no dijo ni una palabra.

-Y al tal brujo –dijo de pronto Sheldon Skaggs-, a ése Geralt al que la Yennefer amaba, seguro que ya se lo come la tierra. Oí que lo estrozaron no sé dónde en los Tras Ríos. Mataba

monstruos, mataba, hasta que pinchó en hueso. Sí, así es, paisanos, quien con espada pelea, a espada muere. Todos se encuentran alguna vez con alguien mejor y catan el hierro.

-No lo creo. –La esbelta guerrera deformó sus pálidos labios, escupió con brío al suelo, con un chasquido cruzó sobre el pecho los antebrazos cubiertos con una cota de mallas-. No creo que Geralt de Rivia se encontrara con alguien mejor. He tenido ocasión de ver cómo este brujo maneja la espada. Posee una velocidad simplemente inhumana...

-Bien dicho –introdujo el hechicero Radcliffe-. Inhumana. Los brujos son mutantes, de ahí la rapidez de sus reacciones...

-No entiendo de lo que habláis, señor mago. –La guerrera frunció los labios de manera aún más repulsiva-. Vuestras palabras son demasiado letradas. Yo sé una cosa: ningún espadachín que haya conocido o conozca puede compararse a Geralt de Rivia, el Lobo Blanco. Por eso no creo que pudiera ser vencido en lucha, como mantiene el señor enano.

-Todo espada sólo es mierda, si mil enemigos lo cercan –dijo sentencioso Sheldon Skaggs-. Tal hablan los elfos.

-Los elfos –afirmó con frialdad el rubio y alto representante del Antiguo Pueblo que estaba de pie al lado de la hermosa con toca de armiño- no acostumbran a expresarse con tanta ordinareiz.

-¡No! ¡No! –gritaron desde debajo de sus chales verdes las hijas del comes Viliberto-. ¡El brujo Geralt no pude haber muerto! ¡El brujo encontró a Ciri, su destino, y luego a la hechicera Yennefer y los tres tuvieron una vida larga y feliz! ¿No es cierto, maese Jaskier?

-¡Pos si eso era un romance, virtuosas señoritas! –bostezó el gnomo sediento de cerveza, fabricante de artículos de hierro-. ¿Qué verdad habrá que buscar en los romances? La verdad es una cosa, la poesía otra. Coger por ejemplo esa... ¿Cómo era? ¿Ciri? La Sorpresa esa famosa. De la manga se la sacó el señor poeta. Estuve en Cintra más de una vez y sé que el rey y la reina allá vivían sin prole, ni hija ni hijo tenían...

-¡Embustes son! –gritó un pelirrojo con un sobretodo de piel de foca con la frente ceñida por un pañuelo a cuadros-. La reina Calanthe, la Leona de Cintra, tenía una hija, nombrada Pavetta. Ella y su marido murieron durante una tormenta marina, la hondura del mar los cubrió, a ambos.

-¡Vosotros mismos veis que no miento! –puso a todos por testigo el de los artículos de hierro-. Pavetta se llamaba y no Ciri, la infanta de Cintra.

-Cirilla, llamada Ciri, era justamente la hija de la ahogada Pavetta –explicó el pelirrojo-. La nieta de Calanthe. Y no era infanta, sino princesa de Cintra. Ella era en efecto el tal Niño de la Sorpresa destinado al brujo, antes de que naciera había prometido la reina darla

al brujo, tal y como don Jaskier cantara. Pero el brujo no pudo encontrarla y llevársela, ahí el señor poeta se apartó de la verdad.

-Se apartó, y cómo –se metió en la conversación un fibroso jovencuelo que, a juzgar por sus ropas, bien podía ser un aprendiz de artesano en el vagabundeo que precede a los exámenes de maestría-. Al brujo se le escapó su destino. Cirilla murió durante el sitio de Cintra. La reina Calanthe, antes de tirarse de la torre, con su propia mano dio muerte a la princesa para que no cayera viva en las garras de los nilfgaardianos.

-No fue así, en absoluto –protestó el pelirrojo-. A la princesa la mataron durante la masacre posterior, cuando intentaba escapar de la ciudad.

-¡Sea como sea –gritó el de los artículos de hierro-, no halló el brujo a la tal Cirilla! ¡El poeta mintió!

-¡Pero cuán hermoso mintió! –dijo la elfa de la toca mientras se apretaba contra el esbelto elfo.

-¡No hablamos de poesía, sino de hechos! –gritó el aprendiz-. Digo que la princesa murió a manos de su propia abuela. ¡Todo aquél que estuvo en Cintra puede confirmarlo!

-Y yo os digo que la mataron en las calles, cuando huía –afirmó el pelirrojo-. Lo sé porque aunque no soy natural de Cintra, estuve en la compañía del yarl de Skellige que apoyó a Cintra durante la guerra. El rey de Cintra, Eist Tuirseach, como todos saben precisamente de las islas de Skellige procedía, tío carnal era del yarl. Y yo en la compañía del yarl luché en Marnadal y en Cintra y luego, tras la derrota, en Sodden...

-Un combatiente más –aulló Sheldon Skaggs a los enanos que le rodeaban-. Namás que héroes y guerreros por aquí. ¡Eh, paisanos! ¿Acaso no hay entre vosotros al menos uno que no luchara en Marnadal o en Sodden?

-Tus bromas están de más, Skaggs –dijo con reprobación el esbelto elfo, abrazando a la belleza de tocado de armiño de una forma que había de deshacer las ocasionales dudas de otros admiradores-. No pienses que sólo tú luchaste en Sodden. Yo, para no buscar más lejos, también tomé parte en la batalla.

-Me gustaría saber por qué bando –dijo el comes Viliberto a Radcliffe con un susurro bien audible que el elfo ignoró completamente.

-Como es en general sabido –siguió, sin siquiera mirar hacia donde estaban el comes y el hechicero-, más de cien mil guerreros estuvieron en el campo en la segunda batalla de Sodden, de los cuales por lo menos treinta mil resultaron muertos o mutilados.

Agradecimientos se merece don Jaskier, quien en uno de sus romances inmortalizó tan famosa como terrible lucha. Mas en las palabras y en la melodía de esta canción no escuché loas, sino

advertencias. Repito, gloria y honor eternos al señor poeta por el romance que puede que permita impedir en el futuro la repetición de tragedia tal, como fue aquella cruel e innecesaria guerra.

-Por cierto –dijo el comes Viliberto mientras miraba al elfo retadoramente- que rebuscasteis cosas interesantes en el romance, honorable señor. ¿Guerra innecesaria, decís? ¿Impedir la tragedia en el futuro, quisierais? ¿Hemos de entender que en caso de que Nilfgaard nos atacara de nuevo recomendaríais la capitulación? ¿Aceptar sumisamente el yugo nilfgaardiano?

-La vida es un don sin precio y ha de ser protegido –dijo el elfo con frialdad-. Nada justifica tales matanzas ni hecatombes como fueron ambas batallas de Sodden, tanto la perdida como la ganada. Ambas os costaron, humanos, miles de existencias. Perdisteis un inimaginable potencial...

-¡Peroratas de elfos! –estalló Sheldon Skaggs-. ¡Tonta perorata! Ése fue el precio que hubo que pagar para que otros pudieran vivir dignamente y en paz, en vez de dejarse poner grillos por los nilfgaardianos, de ser cegados y obligados a base de palos a cavar en las minas de sulfatos y en las salinas. Aquéllos que cayeron como héroes y que gracias a Jaskier vivirán eternamente en nuestra memoria nos enseñaron cómo defender nuestra casa. Cantad vuestros romances, cantádselos a todos. No se perderá esa enseñanza, ¡y hasta nos hará falta, ya veréis! Porque si no hoy mañana, Nilfgaard vendrá hacia nosotros de nuevo, ¡recordad mis palabras! ¡Ahora están lamiéndose las heridas y descansando, pero cercano está el día en que de nuevo veremos sus capas negras y sus plumas en los yelmos!

-¿Qué es lo que quieren de nosotros? –gritó Vera Loewenhaupt-. ¿Por qué la tomaron con nosotros? ¿Por qué no nos dejan en paz, nos dejan vivir y trabajar? ¿Qué es lo que quieren, los nilfgaardianos?

-¡Quieren nuestra sangre! –aulló el comes Viliberto.

-¡Y nuestra tierra –gritó uno de los mozos de la multitud.

-¡Y nuestras hembras! –bramó Sheldon Skaggs, echando una mirada feroz.

Algunos estallaron en risas, pero bajito y a hurtadillas. Porque aunque bien graciosa era la sugerencia de que cualquiera excepto los enanos podía desear a las extraordinariamente poco atractivas enanas, no era este tema seguro para bromas y bufas, sobre todo en presencia de aquellos bajitos, rechonchos y barbados señores cuyas hachas y cuchillos tenían la fea costumbre de saltar de los cinturones con una increíble velocidad. Y los enanos, que por motivos inciertos creían a puño cerrado que el mundo entero acechaba lascivo a sus mujeres e hijas, eran, en este aspecto, tremendamente sensibles.

-Esto había de llegar alguna vez –afirmó de pronto el anciano druida-. Esto había de suceder. Hemos olvidado que no estamos solos en este mundo, que el ombligo del mundo no somos. Como hartos, tontos y vagos carasios nadando en un estanque encenagado, no creíamos en la existencia de los lucios. Hemos permitido que nuestro mundo, como un estanque, se embarrara, se empantanara y se pudriera. Mirad a vuestro alrededor: por todas partes delito y pecado, codicia, persecución del lucro, disputas, desavenencias, decadencia de las costumbres, falta de respeto por los valores todos. En vez de vivir tal y como la naturaleza nos ordena, nos lanzamos a destruir la propia naturaleza. ¿Y qué tenemos? Un aire envenenado por la fetidez de las chimeneas de las forjas, ríos y regatos mancillados por mataderos y tenerías, bosques talados sin pensárselo dos veces... Ja, incluso aquí, en las raíces vivas del sagrado Bleobheris, miradlo, oh, allá, justo por encima de la cabeza del señor poeta, alguien grabó con una navajilla una frase repugnante. Y a todo esto mal escrita, no bastaba con que fuera un vándalo sino que además era un ignorante que no sabía escribir. ¿Por qué os asombráis? Esto había de acabar mal...

-¡Sí, sí! –se le unió el gordo sacerdote-. ¡Arrepentíos, pecadores, mientras aún haya tiempo, porque la ira de los dioses y su venganza está sobre vosotros! ¡Recordad a la sibila Itlina, a sus proféticas palabras sobre el castigo de los dioses, que caerá sobre la tribu envenenada de crímenes! Recordad: “Llegará el Tiempo del Odio, y el árbol perderá sus hojas, el renuevo se marchitará, se pudrirá el fruto y la semilla se agriará, y en los valles los ríos en vez de agua arrastrarán hielo. Y llegará el Frío Blanco, y tras él, la Luz Blanca, y el mundo morirá entre la ventisca”. ¡Así habla la sibila Itlina! ¡Y antes de que esto suceda se verán señales y caerán plagas porque, recordad, Nilfgaard es un castigo divino! Es el látigo con el que los Inmortales os fustigan, pecadores, para que...

-¡Aj, poned punto en boca, piadoso! –resolló Sheldon Skaggs mientras pataleaba con sus pesados zapatones-. ¡Se marea uno de vuestras supersticiones y necedades! ¡Las tripas se revuelven...!

-Cuidado, Sheldon –le interrumpió con una sonrisa el esbelto elfo-. No te burles de religiones ajenas. No está bien, ni es de bien educados, ni es... seguro.

-Yo no me burlo de nada –protestó el enano-. No pongo en duda la existencia de los dioses, pero me pongo nervioso cuando alguien los mezcla en los asuntos terráqueos y delira con falsas profecías de no sé qué elfa grillada. ¿Que los nilfgaardianos son el instrumento de los dioses? ¡Tonterías! ¡Haced retroceder la memoria, humanos, hasta los tiempos de Dezmod, Radowid, Sambuk, hasta los tiempos de Abrad el Viejo Roble! No recordáis porque vivís tan poco como el mosquito del vino, pero yo me acuerdo y os recordaré cómo eran estas tierras

después de que vosotros salierais de vuestros barcos en la playa en la desembocadura del Yaruga y en el delta del Pontar. De cuatro barcos que atracaron se hicieron tres reinos y luego los más fuertes se tragaron a los más débiles y así crecieron, reforzaron su poder. Vencieron a unos, los absorbieron y los reinos crecían, se hacían cada vez mayores y más fuertes. Y ahora Nilfgaard hace lo mismo, porque es un país fuerte y unido, disciplinado y homogéneo. ¡Y si vosotros no os unís de igual forma, Nilfgaard os tragará como el lucio al carasio, tal y como dijo el sabio druida aquí presente!

-¡Que lo intenten! –Donimir de Troy sacó el pecho adornado con tres leones y golpeó la vaina de la espada-. ¡Les dimos una buena en Sodden, se la podemos dar de nuevo!

-¡Ufano sois! –aulló Sheldon Skaggs-. Por lo visto habéis olvidado, caballero, que antes de que se llegara a la segunda disputa de Sodden, Nilfgaard atravesó vuestras tierras como una apisonadora de hierro, que los cadáveres de gallardos mozos como vos cubrían los campos de Marnadal hasta Tras Ríos. Y quienes detuvieron a los nilfgaardianos no fueron aquéllos como vos, chillones mozalbetes, sino la unión y la armonía de las fuerzas de Temeria, Redania, Aedirn y Kaedwen. ¡Armonía y unión, he aquí lo que los detuvo!

-No sólo –dijo Radcliffe sonoramente pero con voz muy fría-. No sólo eso, señor Skaggs.

El enano carraspeó con fuerza, sorbió las narices, chasqueó con las botas, después de lo cual se inclinó ligeramente en dirección al hechicero.

-Nadie niega los servicios de vuestros confráteres –dijo-. Vergüenza a aquél que no reconozca el heroísmo de los hechiceros del monte de Sodden, porque valientemente aguantaron, la sangre dieron por la causa común, grandemente contribuyeron a la victoria. No se olvidó de ellos Jaskier en su romance y tampoco nosotros los olvidamos. Pero reparad en que aquellos hechiceros que unidos y solidarios lucharon en el monte, reconocían el caudillaje de Vilgefort de Roggeveen, del mismo modo que nosotros, guerreros de los Cuatro Reinos, reconocimos el mando de Vizimir de Redania. Una pena que tal armonía y solidaridad sólo duraran el tiempo que duró la guerra. Pues apenas hubo paz, de nuevo nos dividimos. Vizimir y Foltest se ahogan los unos a los otros con aranceles y derechos de depósitos, Demawend de Aedirn disputa con Henselt por la Marca del Norte, y a la Liga de Hengfors y los Thyssenidas de Kovir les importa todo un pito. Y hasta entre los hechiceros, por lo que he oído, vano es buscar hoy día aquella armonía. No hay entre vosotros coincidencia de pareceres, no hay disciplina, no hay unidad. ¡Y en Nilfgaard la hay!

-¡En Nilfgaard gobierna el emperador Emhyr var Emreis, tirano y autócrata, que obliga a que le sirvan a base del látigo, la horca y el hacha! –tronó el comes Viliberto-. ¿Qué

es lo que nos proponéis, señor enano? ¿Para qué tenemos que unirnos? ¿Para formar parecida dictadura? ¿Y cuál es en vuestra opinión el rey cuyo reino habría de someter a sí los restantes? ¿En manos de quién querrías ver el cetro y la corona?

-¿Y eso a mí qué me importa? –se encogió de hombros Skaggs-. Esto es asunto vuestro, de los humanos. Al fin y al cabo, sea quien sea a quien escojáis como rey, nunca será un enano.

-Ni elfo, ni incluso medio elfo –añadió el esbelto representante del Antiguo Pueblo, todavía abrazando a la bella elfa-. Incluso al cuarterón de elfo consideráis como algo ínfimo...

-Ahí os duele –se rió Viliberto-. La misma mosca os pica que a Nilfgaard, porque Nilfgaard también grita sobre la igualdad, os promete el regreso al orden antiguo en cuanto nos venza y nos arranque de esta tierra. ¡Con tal unidad, con tal igualdad soñáis, de tal habláis, tal anunciáis! ¡Porque Nilfgaard os paga con oro! Y no es de extrañar que tan bien os llevéis pues los nilfgardianos son una raza élfica...

-Tonterías –dijo el elfo con frialdad-. Parloteáis estupideces, señor caballero. El racismo os ciega a todas luces. Los nilfgardianos son humanos tal y como vos.

-¡Eso es mentira de marca mayor! ¡Son los descendientes de los Seidhe Negros, todo el mundo lo sabe! ¡Por sus venas corre sangre élfica! ¡Sangre de los elfos!

-¿Y qué es lo que corre por vuestras venas? –El elfo sonrió burlón-. Mezclamos nuestra sangre desde hace generaciones, desde hace siglos, nosotros y vosotros, nos sale a la perfección, no sé si por suerte o no. Habéis comenzado a impedir estas uniones mixtas desde hace menos de un cuarto de siglo, y esto con escasos resultados. Mostradme pues ahora a un humano que no tenga mezclas de Seidhe Ichaer, de la sangre del Antiguo Pueblo.

Viliberto enrojeció a todas vistas. Se ruborizó también Vera Loewenhaupt. El hechicero Radcliffe agachó la cabeza y tosió. Sorprendentemente, se cubrió de rubor además la hermosa elfa de la toca de armiño.

-Todos somos hijos de la Madre Tierra –resonó en el silencio la voz del viejo druida. Somos hijos de la Madre Naturaleza. Y aunque no respetemos a nuestra madre, aunque a veces le causemos dolor y pesadumbre, aunque le rompamos el corazón, ella nos ama a todos. Lo conmemoramos cuando nos reunimos aquí, en el Lugar de la Amistad. Y no disputemos por quién de nosotros fue aquí el primero porque la primera fue la Bellota arrojada por las olas, y de la Bellota retoñó el Gran Bleobheris, el más antiguo de los robles. Al estar bajo las ramas de Bleobheris, entre sus raíces eternas, no olvidemos nuestras propias y fraternales raíces, no olvidemos la tierra de la que crecen estas raíces. Recordemos las palabras de las canciones del poeta Jaskier...

-¡Exacto! –gritó Vera Leowenhaupt-. ¿Y dónde está él?

-Se ha largao –constató Sheldon Skaggs, mientras miraba el lugar vacío bajo el roble-. Agarró el dinero y se largó sin despedirse. ¡Mismamente a lo elfo!

-¡A lo enano! –gritaron los artículos de hierro.

-A lo humano –le corrigió el esbelto elfo, y la belleza de la toca apoyó la cabeza sobre sus hombros.

-Eh, músico –dijo Mama Lantieri, entrando a la habitación sin llamar y empujando por delante de ella un olor a jacintos, sudor, cerveza y tocino ahumado-. Tienes un invitado. Entrad, noble señor.

Jaskier se arregló los cabellos, se enderezó en el enorme sillón labrado. Las dos muchachas que estaban sentadas en sus rodillas se levantaron con rapidez, se cubrieron con sus chaquetillas, cerraron las despechugadas camisas. El pudor de las putas, pensó el poeta, he aquí un buen título para un romance. Se levantó, se abrochó el cinturón y se puso el jubón mientras miraba al noble que estaba de pie en el umbral.

-Ciertamente –dijo-, sabéis encontrarme en todos lados, aunque pocas veces escogéis el momento adecuado para ello. Por suerte aún no había decidido cuál de estas bellezas prefiero. Y con tus precios, Lantieri, no me puedo permitir ambas.

Mama Lantieri sonrió comprensiva, dio una palmada. Ambas muchachas, una isleña morena y pecosa y una medioelfa de cabellos oscuros, abandonaron la habitación a toda prisa. El hombre que estaba de pie en el umbral se quitó la chupa, se la tendió a Mama junto con un pequeño pero abultado saquete.

-Perdonad, maestro –dijo, acercándose y sentándose a la mesa-. Sé que os incomodo en mala hora. Pero desaparecisteis tan repentinamente de bajo el roble... No os alcancé en el camino real, como era mi intención, ni pronto di con vuestra pista en la ciudad. Creedme, no os ocuparé mucho tiempo...

-Siempre todos decís lo mismo y siempre es un embuste –le interrumpió el bardo-. Déjanos solos, Lantieri, cuida de que no nos molesten. Os escucho, señor.

El hombre le miró inquisitivamente. Tenía ojos oscuros y acuosos, como llenos de lágrimas, una nariz afilada y unos labios anchos, desagradables.

-Pasaré al asunto sin más tardanza –afirmó, mientras esperaba hasta que Mama cerrara la puerta-. Me interesan vuestros romances, maestro. Más concretamente, cierta persona de la que cantáis. Me ocupo de la verdadera suerte de los protagonistas de vuestros romances. Al fin y al cabo, si no me equivoco, la verdadera suerte de ciertos personajes reales inspiró las

hermosas obras que tuve ocasión de escuchar bajo el roble. Me refiero a... a la pequeña Cirilla de Cintra. A la nieta de la reina Calanthe.

Jaskier miró al techo, tableteó con los dedos encima de la mesa.

-Noble señor –dijo con sequedad-. Extrañas cosas os interesan. Acerca de extrañas cosas preguntáis. Algo me dice que no sois quien yo creía.

-¿Y quién creíais que yo era, si puede saberse?

-No sé si se puede. Dependerá de si me dais ahora recuerdos de nuestros amigos comunes. Debierais haberlo hecho al principio y como que lo olvidasteis.

-En absoluto lo olvidé. –El hombre metió la mano bajo su caftán de terciopelo de color sepia, extrajo un segundo saqueto, algo mayor que aquél que había entregado a la alcahueta, pero igual de abultado y de tintineante al chocar contra la tabla de la mesa-. Simplemente no tenemos amigos comunes, Jaskier. Pero, ¿no servirá esta escarcela para suavizar tal mandamiento?

-¿Qué es lo que queréis comprar con esa pequeña bolsita? –dijeron los labios del trovador-. ¿Todo el burdel de Mama Lantieri y el terreno que le rodea?

-Digamos que tengo intención de apoyar al arte. Y al artista. Para que pueda hablar con el artista de su obra.

-¿Hasta ese punto amáis el arte, señor mío? ¿Tanta prisa os corre la conversación con el artista que intentáis llenarle de dinero incluso antes de presentaros, quebrando así las más elementales reglas de la cortesía?

-Al principio de la conversación –el desconocido entrecerró ligeramente sus oscuros ojos- no os molestaba mi incógnito.

-Pero ahora comienza a molestarme.

-No me avergüenzo de mi nombre –dijo con una ligera sonrisa en los anchos labios-. Me llamo Rience. No me conocéis, señor Jaskier, y no me extraña. Sois demasiado ilustre y famoso para que podáis conocer a todos vuestros admiradores. A todo admirador de vuestro talento le parece que os conoce, que os conoce tan bien que cierta confianza está en su sitio. A mí también me concierne, en toda su extensión. Sé que es una apreciación falsa, perdonad benévolamente.

-Perdono benévolamente.

-Puedo contar entonces con que querréis responder a unas cuantas preguntas...

-No, no podéis –le interrumpió el poeta, hinchándose-. Ahora tened a bien vos el perdonar benévolamente, pero no me gusta discutir sobre la temática de mis obras, sobre inspiración, sobre los protagonistas, tanto ficticios como no. Le quita esto a la poesía sus

colores poéticos y la conduce hacia la trivialidad.

-¿Ciertamente?

-Con toda seguridad. Comprended que si después de cantar un romance sobre una alegre molinera anunciara que en realidad se trata de Zvirka, la mujer del molinero Locha, y completar esto con la noticia de que a Zvirka se la puede uno follar libremente los jueves porque los jueves suele ir el molinero al mercado, ya no sería poesía. Esto sería o bien coplillas o bien una calumnia asquerosa.

-Entiendo, entiendo –dijo Rience con rapidez-. Pero creo que esto es un mal ejemplo. A mí no me interesan los pecados ni los pecadores. A nadie calumniáis al responder a mi pregunta. A mí me es necesaria solamente una pequeña información: ¿qué le sucedió en realidad a Cirilla, princesa de Cintra? Muchas personas afirman que Cirilla desapareció durante la conquista de la ciudad, incluso hay testigos oculares de tal acontecimiento. Sin embargo, de vuestro romance se extrae que la niña sobrevivió. Estoy de verdad interesado en saber si esto es imaginación vuestra o hecho real. ¿Es verdad o es mentira?

-Me alegra muchísimo vuestra curiosidad –sonrió ampliamente Jaskier-. Reíos señor, si os place, pero justamente eso es lo que quería cuando compuse el romance. Quería despertar y avivar la curiosidad del oyente.

-¿Verdad o mentira? –repitió Rience con la voz fría.

-Si traicionara este hecho, destruiría el efecto de mi trabajo. Adiós, amigo. Has usado de todo el tiempo de que disponía para ti. Y allí esperan dos de mis inspiraciones, inseguras de no saber a cuál escojo.

Rience guardó silencio largo tiempo, sin hacer gesto alguno de dirigirse hacia la puerta. Miró al poeta con una mirada antipática, acuosa, y el poeta comenzó a sentirse inquieto. De abajo, de la sala grande del lupanar, le llegaba una alegre batahola, punteada de vez en cuando por unas agudas risotadas femeninas. Jaskier volvió la cabeza, haciendo como que demostraba una altivez despectiva, pero en realidad calculando la distancia que le separaba del rincón de la cámara y de la gobelina que mostraba a una ninfa vertiéndose sobre los pechos el agua de una jarra.

-Jaskier –dijo al fin Rience, mientras metía las manos en el bolsillo de su caftán de color sepia-. Responde a mi pregunta, por favor. Tengo que saber la respuesta. Es extremadamente importante para mí. Y créeme, para ti también, porque si respondes de buena fe yo...

-¿Entonces qué?

Un gesto siniestro se arrastró por los labios de Rience.

-Entonces no tendré que obligarte a hablar.

-Escucha, tú, bellaco. –Jaskier se levantó e hizo como que ponía un gesto amenazador-. Odio la violencia y la fuerza. Pero ahora mismo llamo a Mama Lantieri y ella se trae a un tal Escombros que cumple en este santuario la honorable y responsable función de vaciador. Es un verdadero artista en su oficio. Él te mete de patadas en las asentaderas y acabas volando por encima de los tejados de esta villa, tan hermoso que más de uno de los pasantes te ha de tomar por un pegaso.

Rience realizó un breve gesto, algo brilló en su mano.

-¿Estás seguro de que alcanzarás a llamarla?

Jaskier no tenía intenciones de comprobar si tendría tiempo. Tampoco pensaba esperar. Antes de que el estilete de mariposa girara y se cerrara en la mano de Rience, se tiró de un largo salto hacia el rincón de la cámara, se sumergió bajo la gobelina de la ninfa, abrió de un puntapié una puerta secreta y a toda prisa se precipitó por unas retorcidas escaleras hacia abajo, agarrándose con las manos a las resbaladizas barandillas. Rience se lanzó en su persecución, pero el poeta estaba seguro de sí, conocía el pasadizo secreto tan bien como su bolsillo, no era la primera vez que la usaba para huir de acreedores, maridos celosos y competidores propensos al asesinato a los que a veces robaba rimas y notas. Sabía que en la tercera revuelta hallaría una puertecilla giratoria detrás de la cual hallaría una escala que conducía al sótano. Estaba seguro de que el perseguidor no conseguiría frenar, seguiría corriendo y tropezaría con la trampilla, después de lo cual caería en las zajurdas. Estaba seguro de que el perseguidor, magullado, embadurnado en mierda y perturbado por los gorrinos, abandonaría la persecución.

Jaskier se equivocaba, como siempre que estaba seguro de algo. Hubo un repentino brillo azulado a sus espaldas y el poeta percibió que se le entumecían las extremidades, que se le pasmaban y se le ponían rígidas. No fue capaz de frenar el paso a la altura de las puertecillas giratorias, los pies se negaron a obedecerlo. Gritó y se tambaleó por las escaleras, golpeándose con las paredes del pasillo.

La trampilla se abrió por debajo de él con un chasquido seco, el trovador cayó en la oscuridad y el hedor. Antes incluso de que se golpeara contra el empedrado y perdiera el sentido, recordó que Mama Lantieri había comentado algo acerca de que estaban arreglando las zajurdas.

Le despertó un dolor en las muñecas, que tenía atadas, y en los brazos, que estaban horriblemente torcidos por las articulaciones. Quiso gritar, pero no pudo, tenía la sensación de

que le hubieran rellenado de arcilla la cavidad bucal. Se puso de rodillas sobre el empedrado y la soga le arrastró con un chirrido hacia arriba, tirando de las manos. Con la intención de aliviar sus brazos intentó levantarse, pero tenía también los pies atados. Aunque ahogándose y asfixiándose, consiguió levantarse en lo que le ayudó considerablemente la soga, que seguía tirando de él sin piedad.

Rience estaba de pie delante de él y sus ojos malvados y acuosos brillaron a la luz de un farol que sostenía un tagarote mal afeitado de dos metros de alto que estaba a su lado. Tenía a otro jayán, seguramente no menos alto, justo detrás. Jaskier escuchaba su respiración y sentía el hedor de sudor rancio. Precisamente este segundo, el maloliente, sujetaba la cuerda atada a las muñecas del poeta y sujeta a una viga del techo.

Los pies de Jaskier se separaron del empedrado. El poeta expulsó aire violentamente por la nariz, otra cosa no podía hacer.

-Basta –dijo por fin Rience, casi inmediatamente, pero a Jaskier le pareció que habían pasado siglos. Tocó la tierra, pero arrodillarse, pese a sus más desesperados esfuerzos, no pudo, pues la soga aún le mantenía tan tenso como una cuerda de laúd.

Rience se acercó. En su rostro no se podían percibir ni rastro de emociones, sus ojos llorosos no habían cambiado ni un ápice su expresión. También la voz con la que habló era tranquila, bajita, incluso ligeramente aburrida.

-Poetrasto asqueroso. Enano. Basura. Cero pagado de sí mismo. ¿De mí querías escapar? A mí no se me ha escapado nunca nadie. No hemos terminado de hablar, bufón, cabeza de carnero. Te he preguntado algo en condiciones bastante más agradables. Ahora contestarás a mis preguntas en condiciones menos agradables. ¿Verdad que me vas a contestar?

Jaskier afirmó solícito con la cabeza. Sólo entonces sonrió Rience. Y dio una señal. El bardo chilló desesperadamente al sentir como la soga se tensaba y como los brazos doblados hacia atrás crujían por las articulaciones.

-No puedes hablar –constató Rience, todavía riéndose con placer-. ¿Y te duele, verdad? Sabe que te hago colgar de momento para mi propio disfrute porque a mí me gusta muchísimo ver cómo alguien sufre. Va, aún un poco más alto.

Jaskier por poco no se ahogó con su resoplido.

-Basta –ordenó por fin Rience, después de lo que se acercó y agarró al poeta por la pechera-. Escucha, pavo real. Voy a deshacer el hechizo para que recuperes el habla. Pero si intentas alzar más de lo debido tu bonita voz, lo lamentarás.

Realizó un gesto con la mano, rozó con un anillo las mejillas del poeta y Jaskier

percibió cómo recuperaba la sensibilidad en la mandíbula, en la lengua y en el paladar.

-Ahora –Rience continuó en voz baja- te haré unas cuantas preguntas y tú me responderás, fluido, rápido y con todo detalle. Y si siquiera por un segundo titubeas o tartamudeas o me das el mínimo motivo para dudar de tu veracidad, entonces... Mira hacia abajo.

Jaskier obedeció. Con horror advirtió que había un corto cordel atado a las ligaduras de sus tobillos y sujeto por el otro lado a un balde lleno de cal viva.

-Si mando que te suban más alto –sonrió Rience con crueldad- y junto contigo este cubo, con toda seguridad no recuperarás el control de tus manos. Dudo de que después de algo así fueras capaz de tocar el laúd. De verdad que lo dudo. Por lo que juzgo que vas a hablar. ¿Tengo razón?

Jaskier no lo confirmó porque a causa del miedo no podía ni mover la cabeza ni hablar. Rience no daba la impresión de que necesitara de confirmación.

-Yo, ha de entenderse –aseguró-, sabré inmediatamente si dices la verdad, al punto me daré cuenta de cada rodeo, no me dejaré enredar con artes poéticas ni vagas erudiciones. Esto es cosa de poca monta para mí, como cosa de poca monta fue paralizarte en las escaleras. Te aconsejo pues, granuja, que midas cada palabra. Venga, no perdamos tiempo, comencemos. Como sabes me interesa la protagonista de uno tus hermosos romances, la nieta de la reina Calanthe de Cintra. La princesa Cirilla, llamada cariñosamente Ciri. Según el testimonio de testigos presenciales esta persona murió durante la conquista de la ciudad, hace dos años. En cambio, en tu romance describes pintoresca y emotivamente su encuentro con un personaje extraño, casi legendario, el tal... brujo, Geralt o Gerald. Dejando a un lado las sandeces acerca de la predestinación y el juicio del destino, tu romance hace concluir que la cría salió sana y salva de la batalla de Cintra. ¿Es verdad esto?

-No sé –jadeó Jaskier-. ¡Por los dioses, sólo soy un poeta! Oí alguna que otra cosa y el resto...

-¿Qué?

-El resto me lo inventé. ¡Lo imaginé! ¡No sé nada! –aulló el bardo al ver que Rience daba una señal alapestoso y sentir que la maroma se tensaba mucho-. ¡No miento!

-Cierto –asintió Rience-. No mientes directamente, lo sentiría. Pero algo tramas. No inventarías un romance así, sin motivo. Y al tal brujo lo conoces. Más de una vez te han visto en su compañía. Venga, Jaskier, habla, si te gustan tus articulaciones. Todo lo que sepas.

-La Ciri ésta –suspiró el poeta- le estaba predestinada al brujo. Lo que se llama un Niño de la Sorpresa... Lo habréis escuchado, con toda seguridad, es una historia famosa. Sus

padres juraron dársela al brujo...

-¿Los padres le iban a dar la niña a ese mutante loco? ¿A ese asesino a sueldo?

Mientes, poetastro. Cosas como ésta les puedes contar a las mujeres.

-Así fue, lo juro por el espíritu de mi madre –sollozó Jaskier-. Lo sé de buena tinta...

El brujo...

-Habla de la muchacha. El brujo no me interesa de momento.

-¡Nada sé de la muchacha! Sé solamente que el brujo iba a por ella a Cintra cuando estalló la guerra. Lo encontré entonces. Fue por mí que se enteró de la matanza, de la muerte de Calanthe... me preguntó por la niña, la nieta de la reina... Pero yo sabía que en Cintra habían muerto todos, ni un alma se salvó del último bastión...

-Habla. Menos metáforas. ¡Más hechos!

-Cuando el brujo supo de la caída de Cintra y de la matanza, renunció al viaje. Ambos escapamos hacia el norte. Me separé de él en Hengfors, desde entonces no lo he vuelto a ver... Y como por el camino habló un poco de ella, de esa... Ciri, o como se llame... y del destino... Pues entonces compuse este romance. ¡Más no sé, lo juro!

Rience le miró de reojo.

-¿Y dónde está ahora el brujo? –preguntó-. ¿Ese mercenario asesino de monstruos, carnicero poético, al que le gusta disertar acerca del destino?

-Ya he dicho que lo vi por última vez...

-Sé lo que has dicho –le interrumpió Rience-. Escucho atentamente lo que dices. Así que escúchame tú a mí atentamente. Responde con precisión a la pregunta que se te hace. La pregunta es así: si nadie ha visto al brujo Geralt o Gerald desde hace más de un año, ¿dónde se esconde? ¿Dónde suele esconderse?

-No sé dónde está –dijo con rapidez el trovador-. No miento. De verdad que no lo sé...

-Demasiado deprisa, Jaskier, demasiado deprisa. –Rience sonrió con maldad-

Demasiado solícito. Ingenioso eres, pero poco cuidadoso. No sabes, dices, dónde es. Pero me apuesto que sabes qué es.

Jaskier apretó los dientes. De la rabia y la desesperación.

-¿Y qué? –Rience le dio una señal al apestoso-. ¿Dónde se esconde el brujo? ¿Cómo se llama ese lugar?

El poeta callaba. La soga se tensó, dobló dolorosamente las manos, los pies perdieron el contacto con la tierra. Jaskier aulló, agitado y por poco tiempo, pues el anillo mágico de Rience le amordazó.

-Más alto, más alto. –Rience apoyó las manos sobre los muslos-. Sabes, Jaskier, podría

sondearte mágicamente el cerebro, pero eso agota. Además, me gusta mirar cómo los ojos se salen de las órbitas a causa del dolor. Y al final tú acabarás por decirlo todo.

Jaskier sabía que lo diría. La cuerda atada a sus tobillos se tensó, el balde lleno de cal se movió chirriando sobre el empedrado.

-Señor –dijo de pronto el otro tagarote, al tiempo que cubría con una capa el farol y miraba a través de los intersticios de las puertas de la zajurda-. Alguien viene. Una moza, creo.

-Sabéis qué hacer –susurró Rience-. Apaga el farol.

El apestoso soltó la maroma, Jaskier cayó sin fuerza al suelo, pero de tal forma que vio cómo el del farol estaba de pie junto a las puertecillas y el apestoso, con un largo cuchillo en la mano, acechaba al otro lado. A través de las grietas en las tablas se filtraba la luz de la mancebía, el poeta escuchó los ruidos de conversación y de canciones que llegaban de allí.

Las puertas de la zajurda rechinaron y se abrieron, una figura no muy alta envuelta en una capa estaba de pie allí, con un gorrito redondo, ajustado, pegado a la cabeza. Después de un instante de vacilación, la mujer cruzó el umbral. El apestoso se echó sobre ella, tiró del cuchillo con fuerza. Y cayó de rodillas porque el cuchillo no halló resistencia y atravesó la garganta de la figura como a través de una humareda. Porque la figura era efectivamente una nube de humo que ya comenzaba a deshacerse. Pero antes de que alcanzara a desaparecer, otra figura entró en la zajurda, una figura borrosa, oscura y ágil como una comadreja. Jaskier vio cómo arrojaba la capa al del farol y saltaba sobre el apestoso, vio cómo algo brillaba en sus manos, escuchó cómo el apestoso se ahogaba y resollaba salvajemente. El otro jayán se liberó de la capa, dio un salto, agitó el cuchillo. De la mano de la figura oscura surgió con un silbido un rayo de fuego que con un chasquido terrible se dispersó, como aceite en llamas, por el rostro y el pecho del jayán. El mozallón aulló penetrantemente, la zajurda se llenó de un repugnante olor a carne quemada.

Entonces atacó Rience. El hechizo que lanzó iluminó la oscuridad con un resplandor azul en el que Jaskier pudo ver a una esbelta mujer vestida de hombre que gesticulaba extrañamente con las dos manos. La vio un segundo porque la luz azul desapareció violentamente entre un estallido y un relámpago cegador y Rience, con un grito de rabia, voló hacia atrás, chocó contra un tabique de madera, rompiéndolo con un chasquido. La mujer vestida de hombre se fue hacia él, en sus manos relucía un estilete. La zajurda se llenó de nuevo de un brillo, esta vez dorado, que pulsaba desde un óvalo de luz que había aparecido de pronto en el aire. Jaskier vio cómo Rience se alzaba del suelo y saltaba dentro del óvalo, desapareciendo al momento. El óvalo perdió brillo pero no se apagó del todo, la mujer pudo

alcanzarlo y gritar algo ininteligible, al tiempo que extendía una mano. Algo tembló y silboteó y el casi extinto óvalo ardió por un segundo con un estruendoso fuego. Desde lejos, desde muy lejos, llegó a los oídos de Jaskier un confuso sonido, una voz que recordaba mucho a un aullido de dolor. El óvalo se volatilizó completamente, en la zajorda reinó la oscuridad. El poeta percibió cómo se desvanecía la fuerza que le paralizaba la garganta.

-¡Ayuda! –gritó-. ¡Auxilio!

-No vociferes, Jaskier –dijo la mujer, mientras se agachaba a su lado y le cortaba las ligaduras con el estilete de mariposa de Rience.

-¿Yennefer? ¿Eres tú?

-No irás a decir que te has olvidado de mi aspecto. Y no creo que mi voz sea ajena a tu oído musical. ¿Puedes levantarte? ¿No te han roto algún hueso?

Jaskier se alzó con esfuerzo, gimió, estiró los doloridos brazos.

-¿Qué hay de ellos? –señaló a los cuerpos que yacían sobre el empedrado.

-Vamos a ver. –La hechicera cerró con un chasquido el estilete-. Uno tendría que estar vivo. Tengo unas cuantas preguntas para él.

-Creo que éste está vivo. –El trovador estaba de pie junto alapestoso.

-No lo creo –afirmó Yennefer impasible-. Le corté la tráquea y la carótida. Puede que todavía zumbe algo en él, pero pronto se apagará.

Jaskier se estremeció.

-¿Le has cortado el cuello?

-Si con mi natural precaución no hubiera enviado por delante una ilusión, yo sería la que ahora estaría aquí tendida. Echémosle un vistazo a este otro... Maldita sea su estirpe. Mira, un mozo tan fuerte y no ha aguantado nada. Una pena, una pena...

-¿También está muerto?

-No aguantó el shock. Humm... Le freí un poco demasiado... Mira, hasta los dientes se le han carbonizado... ¿Qué te pasa, Jaskier? ¿Vas a vomitar?

-Voy –respondió confusamente el poeta, se dobló y apoyó la frente en la pared de la zajorda.

-¿Eso es todo? –La hechicera dejó su vaso, echó mano a un espetón con un pollo-. ¿Nada es mentira? ¿Nada has olvidado?

-Nada. Excepto los agradecimientos. Gracias, Yennefer.

Le miró a los ojos, agitó levemente la cabeza, sus brillantes cabellos negros ondularon, cayeron en cascada sobre los hombros. Puso el pollo asado sobre un plato de madera y

comenzó a partirlo hábilmente. Usaba de cuchillo y tenedor. Jaskier sólo había conocido hasta ahora a otra persona que fuera capaz de comer tan hábilmente el pollo con cuchillo y tenedor. Ahora sabía dónde y de quién lo había aprendido Geralt. Ja, pensó, no es de extrañarse, vivió con ella en su casa de Vengerberg durante un año, antes de que se escapara de ella le inculcó más de una rareza. Tomó del asador otro pollo, arrancó sin pensárselo un muslo y comenzó a morderlo, cogiéndolo demostrativamente con las dos manos.

-¿Cómo lo sabías? –preguntó-. ¿En qué forma conseguiste llegar a tiempo ...?

-Estaba en Bleobheris durante tu actuación.

-No te vi.

-No quería ser vista. Luego me fui detrás de ti al pueblo. Esperé aquí, en el figón, no me parecía bien ir allá a dónde tú fuiste, al dicho lugar de dudosos goces y seguras blenorragias. Al final sin embargo perdí la paciencia. Di vueltas por el corral hasta que me pareció que escuchaba una voz que llegaba de las zajurdas. Agucé el oído y entonces estuvo claro que no era ningún sodomita, como había juzgado al principio, sino tú. ¡Eh, jefe! ¡Más vino, si hacéis la merced!

-¡Por supuesto, noble señora!

-El mismo que antes, por favor, pero esta vez sin agua. Sólo tolero el agua en el baño, dentro del vino me da asco.

-¡Por supuesto, por supuesto!

Yennefer retiró el plato. En el pollo, advirtió Jaskier, quedaba aún suficiente carne para el desayuno del tabernero y su familia. El cuchillo y el tenedor serían sin duda elegantes y refinados, pero poco productivos.

-Gracias –repitió- por salvarme. Ese maldito Rience no me hubiera dejado vivo. Me hubiera sacado todo y luego degollado como a un carnero.

-También lo creo. –Se echó vino a sí misma y a él, alzó el vaso-. Bebamos entonces a tu salvada salud, Jaskier.

-A la tuya, Yennefer –brindó-. A tu salud, por la que voy a rezar a partir de hoy cada vez que pueda. Soy deudor tuyo, hermosa señora, pagaré esta deuda en mis canciones. Derribaré en ellas el mito de que los hechiceros sean insensibles a las penas ajenas, de que no se esfuercen en prestar ayuda a los pobres e infelices mortales que les son ajenos.

-En fin –se sonrió ella, frunciendo levemente sus hermosos ojos violetas-. El mito tiene sus motivos, no se formó sin causa. Pero tú no eres ajeno, Jaskier. Te conozco y te aprecio.

-¿De verdad? –El poeta también se sonrió-. Pues lo habías escondido hábilmente hasta

ahora. Incluso me encontré con la opinión, y cito, de que me aguantabas peor que a una epidemia de peste.

-Así era antes. –La hechicera se puso seria de pronto-. Luego cambié de opinión. Luego llegué a estarte agradecida.

-¿Por qué, si me es dado preguntar?

-No es importante –dijo, mientras jugueteaba con el vaso vacío-. Volvamos a preguntas más importantes. A las que te hicieron en la zajurda. ¿Qué sucedió en realidad, Jaskier? ¿De verdad no has vuelto a ver a Geralt desde vuestra huída del Yaruga? ¿De verdad no sabías que después de la guerra volvió al sur? ¿Que fue herido gravemente, tan gravemente que se corrieron incluso rumores de que había muerto? ¿No sabías de nada de esto?

-No. No lo sabía. Durante mucho tiempo estuve entretenido en Pont Vanis, en el palacio de Esterad Thyssen. Y luego en casa de Niedamir, en Hengfors...

-No sabías. –La hechicera afirmó con la cabeza, desató su camisola. En su cuello, sobre tela de terciopelo negro, brillaba una estrella de obsidiana cuajada de diamantes-. ¿No sabías que después de curarse las heridas Geralt se marchó a los Tras Ríos? ¿No te imaginas a quién buscaba allí?

-Me lo imagino. Pero lo que no sé es si la halló.

-No sabes –repitió-. Tú, que por lo general de todos sabes y de todos cantas. Incluso de asuntos tan íntimos como los sentimientos de alguien. Escuché tus romances junto a Bleobheris, Jaskier. Dedicaste unas cuantas estrofas bastante bonitas a mi persona.

-La poesía –refunfuñó, mirando al pollo- tiene sus reglas. Nadie debiera sentirse herido...

-“Cabellos de ala de cuervo, como tormenta sin truenos... –recitó Yennefer con un énfasis exagerado- ... y en los ojos violetas mortales rayos acechan...” ¿O cómo era?

-Así te recordaba –sonrió ligeramente el poeta-. Quienquiera que afirme que es una descripción falsa que tire la primera piedra.

-Solamente no sé –la hechicera apretó los labios- quién te dio permiso para describir mis órganos internos. ¿Cómo era? “Corazón como la joya que su cuello adorna, dura es cual un diamante, cual diamante fría y torva, y afilada la obsidiana, que como navaja corta...” ¿Tú mismo lo has inventado? ¿O puede...?

Sus labios temblaron, se fruncieron.

-¿... o puede que escucharas las lamentaciones y despechos de alguien?

-Humm. –Jaskier carraspeó, se alejó de tema tan peligroso-. Dime, Yennefer, ¿cuándo viste por última vez a Geralt?

-Hace mucho.

-¿Después de la guerra?

-Después de la guerra... –La voz de Yennefer se transformó imperceptiblemente-. No, después de la guerra no lo vi. Durante mucho tiempo... no vi a nadie. Pero al grano, poeta. Estoy ligeramente asombrada del hecho de que no sabes de nada y de nada has oído, y pese a todo alguien te ata a una viga para sacarte información. ¿No te intranquiliza esto?

-Desde luego.

-Escúchame –dijo secamente, mientras golpeaba con el vaso en el mesa-. Escúchame con atención. Borra ese romance de tu repertorio. No lo cantes.

-Te refieres a...

-Sabes de sobra a qué me refiero. Canta acerca de la guerra con Nilfgaard. Canta acerca de Geralt y de mí, ni nos perjudicas con ello, ni nos ayudas, ni arreglas nada, ni lo empeoras. Pero no cantes sobre la Leoncilla de Cintra.

Miró a su alrededor para comprobar que ninguno de los escasos huéspedes que había a aquella hora en la fonda estaba escuchando, esperó hasta que la muchacha que limpiaba se fuera a la cocina.

-Intenta también evitar quedarte solo con gente a la que no conoces –dijo en voz baja-. Con aquellos que olvidan comenzar dándote recuerdos de conocidos comunes. ¿Comprendes?

La miró, asombrado. Yennefer sonrió.

-Saludos de Dijkstra, Jaskier.

Ahora el bardo miró asustado a su alrededor. Su asombro debía de ser visible, y su mueca graciosa, porque la hechicera se permitió un gesto bastante burlón.

-De paso –susurró mientras se agachaba sobre la mesa-, Dijkstra te pide un informe. Vuelves de Verden y Dijkstra está interesado en lo que se dice en la corte del rey Eryyll. Pidió que te dijera que esta vez el informe ha de ser concreto, detallado y de ninguna manera en verso. Prosa, Jaskier. Prosa.

El poeta tragó saliva, hizo un ademán afirmativo con la cabeza. Guardó silencio, reflexionó sobre una pregunta. Pero la hechicera se le adelantó.

-Se acercan tiempos difíciles –dijo bajito-. Difíciles e inseguros. Se acerca un momento de cambio. Triste sería envejecer con la convicción de que no se hizo nada para hacer que esos cambios que se avecinan fueran cambios a mejor. ¿No es cierto?

Jaskier acercó la cabeza, carraspeó.

-¿Yennefer?

-Dime, poeta.

-Aquellos de la zajurda... Sería interesante saber quiénes eran, qué querían, quién los había mandado. Mataste a los dos, pero según dicen los rumores sois capaces de sacar información hasta de los cadáveres.

-¿Y el que la necromancia está prohibida por un edicto del Capítulo no lo dice el rumor? Déjalo, Jaskier. Esos esbirros seguramente no sabían mucho. El que huyó... humm... Eso es otra cuestión.

-Rience. Él era hechicero, ¿verdad?

-Sí. Pero no demasiado hábil.

-Se te escapó, sin embargo. Vi de qué forma. ¿Se teleportó, no es cierto? ¿Atestigua esto algo?

-Cierto, atestigua. Que alguien le ayudó. El tal Rience no tenía ni suficiente tiempo ni suficiente fuerza para abrir un portal oval en el aire. Esa teleportación no es humo de pajas. Está claro que algún otro lo abrió. Alguien incomparablemente más poderoso. Por eso tuve miedo de seguirlo, sin saber dónde aterrizaría. Pero envié detrás de él una temperatura bien alta. Va a necesitar de muchos hechizos y elixires contra las quemaduras, y aún así estará marcado durante un buen tiempo.

-Puede que te interese saber que era un nilfgardiano.

-¿Tal piensas? -Yennefer se enderezó, con un rápido movimiento sacó de un bolsillo el estilete de mariposa, se lo puso en la mano-. Mucha gente lleva ahora cuchillos nilfgardianos. Son cómodos y manejables, se los puede esconder incluso debajo del escote...

-No se trata del cuchillo. Al preguntarme utilizó expresiones como “la lucha de Cintra”, “la conquista de la ciudad” o algo por el estilo. Nunca había oído que nadie llamara así estos hechos. Para nosotros siempre ha sido una matanza. La matanza de Cintra. Nadie habla de otra forma.

La hechicera alzó la mano, se miró las uñas.

-Estupendo, Jaskier. Tienes un buen oído.

-Deformación profesional.

-Me gustaría saber en qué profesión estás pensando –sonrió coqueta-. Pero gracias por la información. Es valiosa.

-Que éste sea mi aporte –respondió con un sonrisa- a los cambios a mejor. Dime, Yennefer, ¿por qué Nilfgaard se interesa tanto por Geralt y la muchacha de Cintra?

-No metas la nariz en esto. –Se puso seria de pronto-. Dije que has de olvidar todo lo que oyeras de la nieta de Calanthe.

-Cierto, lo has dicho. Pero no estoy buscando un tema para un romance.

-Entonces, ¿qué diablos buscas? ¿Un chichón?

-Supongamos –dijo en voz baja, mientras apoyaba la barbilla en las manos entrelazadas y miraba a los ojos a la hechicera-. Supongamos que de verdad Geralt encontró y salvó a la niña. Supongamos que por fin acabó por creer en la fuerza del destino y se llevó a la niña con él. ¿A dónde? Rience intentó sacármelo a base de torturas. Pero tú lo sabes, Yennefer. Sabes dónde se ha refugiado el brujo.

-Lo sé.

-¿Y sabes cómo llegar allí?

-También lo sé.

-¿No crees que habría que avisarlo? ¿Prevenirle de que a él y a la muchacha los busca gente de la índole de ese Rience? Iría yo, pero de verdad que no sé dónde es... Ese lugar cuyo nombre no me atrevo a pronunciar...

-Concluye, Jaskier.

-Si sabes dónde está Geralt debieras ir y advertirlo. Le debes algo, Yennefer. Al fin y al cabo, algo te unía a él.

-Cierto –afirmó con frialdad-. Algo me unía a él. Por eso le conozco un tanto. No le gustaba que se le echaran encima para ayudarlo. Y si necesitaba ayuda, la buscaba en personas en las que confiaba. Desde lo sucedido ha pasado casi un año y yo... no he tenido ninguna noticia suya. Y si se trata de deudas, le debo a él exactamente lo mismo que él a mí. Ni más ni menos.

-Entonces iré yo. –Bajó la cabeza-. Dime...

-No te lo diré –le interrumpió-. Estas quemado, Jaskier. Pueden atraparte de nuevo, cuanto menos sepas, mejor. Desaparece de aquí. Vete a Redania, a ver a Dijkstra y Filippa Eilhart, pégate a la corte de Vizimir. Y otra vez te aviso: olvídate de la Leoncilla de Cintra. De Ciri. Actúa como si no hubieras oído nunca ese nombre. Haz lo que te pido. No quería que te sucediera algo malo. Demasiado te aprecio, demasiado te debo...

-Dices eso por segunda vez. ¿Qué es lo que me debes, Yennefer?

La hechicera volvió la cabeza, guardó silencio durante largo tiempo.

-Ibas con él –dijo por fin-. Gracias a ti no estaba solo. Fuiste su amigo. Estuviste con él.

El bardo bajó la mirada.

-No le sirvió de mucho –murmuró-. No obtuvo demasiado provecho de esta amistad. Por mi culpa tenía sobre todo problemas. Todo el tiempo tenía que estar sacándome de algún lío... Ayudarme...

Ella se inclinó sobre la mesa, le puso la mano sobre su mano, apretó fuerte, sin decir ni palabra. En sus ojos había pena.

-Vete a Redania –repitió al cabo-. A Tretogor. Allí estarás bajo la protección de Dijkstra y Filippa. No intentes hacerte el héroe. Te has metido en un asunto peligroso, Jaskier.

-Ya me he dado cuenta. –Frunció el ceño, se frotó los doloridos brazos-. Justo por eso pienso que hay que avisar a Geralt. Sólo tú sabes dónde buscarlo. Conoces el camino. Supongo que habrás estado allí ya... como huésped...

Yennefer se volvió. Jaskier vio cómo apretaba los labios, cómo temblaban los músculos de sus mejillas.

-Cierto, alguna vez estuve –dijo, y en su voz había algo indefiniblemente extraño-. Alguna vez estuve allí como huésped. Pero nunca sin invitación.

El viento aullaba fieramente, ondulaba por entre las ruinas cubiertas de alfombras de hierba, silbaba en los matorrales de espino albar y en las altísimas ortigas. Las nubes atravesaron el círculo de la luna, iluminando por un instante el castillo, inundando de una claridad pálida y agitada por las sombras la fosa y los restos de la muralla, revelando los montoncillos de calaveras que mostraban sus destrozados dientes y miraban a la nada con los negros agujeros de sus órbitas. Ciri lanzó un agudo chillido y escondió la cabeza bajo la capa del brujo.

Empellada a taconazos, la yegua pisó cautelosamente las pilas de ladrillos, cruzó bajo una arquería destrozada. Las herraduras, al golpetear sobre las losas de piedra, despertaron entre los muros unos ecos infernales a los que ahogó el torbellino del viento. Ciri tiritó, se aferró con las manos a las crines.

-Tengo miedo –susurró.

-No tienes por qué tener miedo de nada –le respondió el brujo, poniéndole la mano en el hombro-. En todo el mundo es difícil encontrar un sitio más seguro. Esto es Kaer Morhen, la Residencia de los Brujos. Aquí hubo una vez un hermoso castillo. Hace mucho.

No respondió, agachó muy bajo la cabeza. La yegua del brujo, llamada Sardinilla, resopló muy bajito, como si quisiera también tranquilizarla.

Se sumergieron en un oscuro abismo, en un largo e interminable túnel negro, entre columnas y arquerías. Sardinilla echaba pasos firmes y ardorosos, haciendo caso omiso de las tinieblas impenetrables, sus cascos resonaban vivamente sobre el enlosado.

Delante de ellos, al final del túnel, ardió de pronto con luz roja una recta línea vertical. Fue creciendo y ampliándose hasta que se convirtió en unas puertas detrás de las cuales brillaba una claridad, el brillo parpadeante de unas teas colgadas de unos asideros en las

paredes. Junto a la puerta había una figura negra recortada contra el brillo.

-¿Quién? –Ciri escuchó una voz metálica y maligna que sonaba como el ladrido de un perro-. ¿Geralt?

-Sí, Eskel. Yo soy.

-Entra.

El brujo desmontó, bajó a Ciri de la silla, la colocó en el suelo, puso en sus manecitas el hatillo, al que ella se aferró con uñas y dientes, lamentando que fuera demasiado pequeño para poder esconderse por completo detrás de él.

-Espera aquí, con Eskel –dijo-. Llevaré a Sardinilla al establo.

-Ven a la luz, pequeño –ladró el hombre llamado Eskel-. No estés ahí en la oscuridad.

Ciri miró hacia arriba, a su rostro, y retuvo con esfuerzo un grito de horror. No era un ser humano. Aunque se mantenía sobre dos piernas, aunque olía a sudor y humo, aunque portaba ropa de humano normal, no era un ser humano. Ningún ser humano, pensó, podía tener un rostro así.

-Venga, ¿a qué esperas? –repitió Eskel.

No se movió. En la oscuridad escuchó los golpes de las herraduras de Sardinilla alejándose. Algo que era blando y chillaba le corrió por el pie. Dio un salto.

-No te quedes en lo oscuro, rapaz, o las ratas te comerán las botas.

Ciri, apretándose al hatillo, avanzó con rapidez en dirección a la luz. Las ratas le corrieron chillando bajo los pies. Eskel se inclinó, le cogió el hato, le bajó la capucha.

-Mierda –murmuró-. Una muchacha. Lo que nos faltaba.

Le miró asustada. Eskel sonrió. Ella vio que al fin y al cabo se trataba de un ser humano, que tenía un rostro completamente humano, sólo que desfigurado por una cicatriz larga, fea, semicircular, que le corría desde la comisura de los labios por toda la mejilla hasta la oreja.

-Dado que ya estás aquí, bienvenida a Kaer Morhen –dijo-. ¿Cómo te llamas?

-Ciri –respondió por ella Geralt, saliendo sin un sonido de entre las sombras. Eskel se dio la vuelta. Repentinamente, muy deprisa y sin una palabra, ambos brujos se abrazaron y se apretaron muy fuerte. Por un corto instante.

-Estas vivo, Lobo.

-Estoy vivo.

-Bueno, está bien. –Eskel tomó un cuerno de su asidero-. Vamos. Cerraré la puerta interior, porque se va el calor.

Anduvieron a lo largo de un pasillo. También aquí había ratas, se deslizaban junto a las

paredes, chilloteaban desde las simas de oscuros corredores laterales, se daban a la fuga ante el titubeante círculo de luz que arrojaban los que pasaban. Ciri daba rápidas zancadas, intentaba mantener el paso de los hombres.

-¿Quién invierna, Eskel? Aparte de Vesemir.

-Lambert y Coën.

Descendieron por unas escaleras abruptas y resbaladizas. Abajo se veía el brillo de una luz. Ciri escuchó voces, percibió el olor del humo.

La sala era enorme, inundada por la luz de un fuego gigantesco que lanzaba crepitantes llamaradas a la boca de la chimenea. Su centro lo ocupaba una mesa enorme y pesada. A la mesa podían sentarse por lo menos diez personas. Había tres. Tres personas. Tres brujos, se corrigió a sí misma Ciri. Veía sólo las siluetas sobre el fondo de ascuas del hogar.

-Hola, Lobo. Te esperábamos.

-Hola, Vesemir. Hola, muchachos. Es bueno estar de nuevo en casa.

-¿Y a quién nos has traído?

Geralt guardó silencio durante un momento, luego puso la mano sobre los hombros de Ciri, la empujó un poquito hacia adelante. Ella caminó desgarbada, insegura, encogida y encorvada, bajando la cabeza. Tengo miedo, pensó. Tengo mucho miedo. Cuando Geralt me encontró y me llevó consigo pensé que el miedo ya no volvería, que ya había pasado... Y he aquí que, en lugar de en casa, estoy en este castillo horrible, oscuro, arruinado, lleno de ratas y de ecos de pesadilla... De nuevo estoy frente a una pared de fuego rojo. Veo oscuras y amenazadoras figuras, veo ojos que me miran, malignos, increíblemente brillantes...

-¿Quién es esta niña, Lobo? ¿Quién es esta muchacha?

-Es mi... –Geralt tartamudeó de pronto. Ella sintió sobre los hombros sus poderosas y fuertes manos. Y de pronto desapareció el miedo. Sin dejar rastro. Los bramidos del rojo fuego daban calor. Sólo calor. Las oscuras siluetas eran siluetas de amigos. Protectores. Los ojos brillantes sólo mostraban su curiosidad. Su preocupación. Su intranquilidad...

Las manos de Geralt apretaron sus hombros.

-Ella es nuestro destino.